

Ranking Bulls

contratendencias autorregresivas en la educación del arquitecto

por Miguel Rodríguez Casellas

En Puerto Rico, dos tendencias estadísticas definen la frustración de cualquier educador de arquitectura con capacidad para auto-sincerarse. La primera es que cuando más estructura institucional existe en el campo, es también cuando peor arquitectura se produce.

Tres escuelas, dos revistas universitarias, una revista institucional, una revista comercial (o debo decir *infomercial*, por su tono hiperbólico y celebratorio), un programa de radio, una periodista-arquitecta, un colegio de arquitectos, una junta examinadora, una ley reguladora del ejercicio profesional, un proceso de reválida flexible, un programa de educación continuada obligatorio, una bienal, varias oficinas gubernamentales dedicadas a la preservación del patrimonio edificado (tanto en esferas estatales como municipales), millonarios incentivos contributivos para el redesarrollo en centros urbanos, agencias gubernamentales dedicadas al urbanismo, asesores del gobernador en urbanismo e infraestructura, mayor acceso a tecnologías de representación, mayor número de profesionales egresados de universidades prestigiosas y, lo más escandaloso, mayor número de arquitectos, entre otras cosas, constituyen el denso entramado institucional de la arquitectura en Puerto Rico.

Quien dude de la evidencia empírica que muestra cómo se perpetúa la mediocridad construida, a pesar del abundante progreso organizacional, que se tome unos minutos y mire a su alrededor. Si el lector es arquitecto, le aclaro de antemano que se abstenga de adjudicarles culpa a los ingenieros porque, si bien es cierto que en Puerto Rico tienen la capacidad legal de fungir como arquitectos sin tener el entrenamiento que los capacite para ello, la verdad es que la mayor parte de esa tragedia visual que deprime y desartcula la esperanza fue orquestada por arquitectos licenciados como usted.

También se advierte de invocar como argumento exculpatorio la ocasional belleza del objeto/episodio puntual que, frente a la ausencia de un proyecto de ciudad, queda irremediabilmente deslucido. Otras

excusas frecuentes a la hora de evadir responsabilidad son la mala calidad de la construcción, el desinterés social por el diseño, la avaricia del cliente privado, las prisas eleccionarias del cliente público, la tolerada corrupción, entre muchas otras plagas que siempre han estado en sitio.

Frente a esta aguda ausencia de valor, e ignorando a los defensores del sub-producto que no temen pasar a la historia como gamberros, es imperativo pasar lista de las faltas y esbozar, sin estridencias mesiánicas, una lista de antídotos desde el ámbito de la universidad, que es el que manejamos.

La segunda tendencia que alimenta la frustración del educador es que gran parte de la obra construida por la generación del *baby boom* ya no existe, va en vías de desaparecer, o ha sido mutilada por el tiempo. Para los que se sentían protegidos por sus ideologizaciones del progreso, apoyadas en las obras contemporáneas a manera de *exhibit* (1970 hasta el presente), les resulta muy difícil aceptar que sus atesorados indicadores de desarrollo sólo podrán ser percibidos en las fotos, tomadas con mucha prisa justo antes del día de la inauguración. Aunque algunos sean concientes de la destrucción creativa como paso necesario para acomodar al futuro, les cuesta trabajo ser testigos del proceso cuando estaban acostumbrados a experimentarlo como dato periodizado de la historia del modernismo. No pensaban que les tocaría tan cerca. Muchos, incluso, habiendo dedicado una buena parte de sus carreras al evangelio conservacionista, no contaban con que la obsolescencia material y cultural en las obras se daría a tal velocidad (y con tal complicidad), que no habría tiempo para "teologizar" lo que se percibe hoy como una periferia insustancial de obras sin defensores apasionados ni admiradores incondicionales. Al haber trastocado la memoria con sus ficciones neo-historicistas, adelantaron la creación de un sujeto amnésico; o, dicho en su propia jerga, habiendo impulsado la recuperación de la memoria colectiva, terminaron colectivizando la indiferencia.

Por otro lado, a alguno que otro cínico este hecho podría renovar

la fe en que vendrán tiempos mejores, al imaginarse convocados a llenar el vacío de la obra desplazada con nuevos sabores de virtuosismo. Sin embargo, la tendencia no ha sido sustituir un objeto de diseño por otro de mayor virtud, sino un empobrecimiento acelerado y consecuente, que se resume en peores materiales, mayor dependencia de procesos derivativos, uso indiscriminado de valores estéticos pre-ratificados y una aún más descuidada mano de obra.

Incluso las dos o tres oficinas que se vanaglorian de su tamaño corporativo— como si se tratara de comparar falos en un círculo masturbatorio— están construyendo sus peores obras en este preciso instante. Les puedo dar el *tour* cuando gusten.

Ya es un hecho que sostengo sin pedir permiso o perdón a nadie: la gran oficina corporativa no es el tamaño de práctica apropiado para Puerto Rico. Nunca lo ha sido. Constituyen, de hecho, una aberrante imposición del capital/gobierno norteamericano, sin capacidad para responder a lógicas locales, mucho menos negociarlas con la retórica globalista. A estas firmas les sobra tamaño en inversa proporción a la capacidad intelectual. Su poder se basa en el uso de fórmulas indiferenciadas de diseño, ricas en genericidad, pobres en innovación y riesgo. Es una vergüenza tener que ofrecer explicaciones a cada visitante, haya sido entrenado en diseño o no, cada vez que preguntan en tono socarrón por tal o cual edificio, engendros corporativos todos que, para colmo, suelen ocupar espacios de gran prominencia. Basta ya.

A mis colegas de la oficina mediana y pequeña les digo que si necesitan nuevas razones para detestar a las dinosaurias grandes empresas de diseño, sepan que de los fondos de recuperación de Obama no van a ver ni un centavo. Todo está diseñado para favorecer al gigante y aún estos tienen que buscarse socios externos para meter la mano en el pote. Que nadie se piense que este dinero en bloque va a salvar al gremio de su quiebra económica. Es, en todo caso, la quiebra de creatividad y capacidad transformadora, radicada décadas atrás frente al tribunal de

la mirada pública, la que nos interesa aquí.

Según va llegando la hora de los relevos generacionales hay que empezar a hablar de las cosas por su nombre. Quien no tuvo ética a la hora de asegurar calidad y pertinencia en su carrera, que no venga a imponer restricciones a las generaciones que están obligadas a juzgar su trabajo. Agradézcan que algunos van a ser considerados, pues es mucha la obra que merece ser olvidada en silencio bajo un manto de deferente indiferencia. Yo ellos bajaba el tono eufórico y encontraba una voz conciliadora, cautelosa incluso. Lo que sea que facilite el acto de reflexión.

Habiéndose admitido que ni la sobreestimada esfera federal ofrece un modelo de rescate para la disciplina de la arquitectura en estos momentos, particularmente para el pequeño y mediano postor, y asumido el discurso de crisis —económica, ambiental y social— que estríñe la creatividad y enloda todo esfuerzo con profecías de fracaso autoejecutables, voy a permitirme enterrar, de una vez por todas, la supremacía norteamericana contra la cual insistimos en vernos al espejo en Puerto Rico. Que conste que aún con la memoria fresca del reciente proceso de acreditación, donde la *National Architectural Accrediting Board* validó el trabajo de ARQPOLI con elegantes elogios, no voy ahora a abrazar incondicionalmente el modelo del norte sólo porque el mismo se inclina a favorecernos.

La realidad es que un gran número de los comentarios que verteré aquí se basan en la gran nube de inseguridad que cubre a los propios organismos gremiales de la Gran Norteamérica. El candor con el que se confiesan en estos días, sabiendo uno que es pasajero, no deja de entusiasmarme. Lo que se ha visto por décadas desde unas gradas solitarias, hoy se experimenta junto a una audiencia monumental. La caída ha sido grande y estrepitosa.

Para mi sorpresa, los norteamericanos y sus incondicionales en Puerto Rico no han podido deshacerse del culto al positivismo científico que les hace creer en los rangos de individuos, ciudades, escuelas, universidades e instituciones, aún cuando el mundo se les vino abajo. Ellos de verdad se creen toda esa excreta metodológica que organiza al universo en estricto orden jerárquico. Aún en tiempos que demandan revisión de paradigmas, en lugar de reajustes cosméticos a sistemas de clasificación, se aferran a lo conocido como a un clavo caliente. De hecho, acaba de salir

el *ranking report* de universidades y adivinen qué, Cornell y Harvard se reparten los primeros lugares en bachillerato y maestría, respectivamente.

Este asunto del *ranking* merece análisis porque parte de dos premisas muy norteamericanas, una es que la inversión de dinero por cabeza es un índice confiable de calidad y dos, que la colocación de arquitectos en la industria, particularmente en el *establishment* corporativo, o en el circuito de premiaciones, es sinónimo de excelencia. Resulta curioso que las últimas ediciones del premio Pritzker se inclinan a cuestionar ambas premisas. La del dinero y la del *McPractice*, con toda la ironía que representa esto viniendo de una institución que vive de manufacturar prestigio.

El *ranking* es un recurso galvanizador del *status quo*, toda vez que se alimenta de un sistema que valida el éxito a partir de unas variables inmutables. Tanto el validador como el validado se necesitan mutuamente, asíéndose a un ritual de ratificación que deja poco espacio para el cuestionamiento serio. En áreas de macroeconomía la tendencia es atacar este recurso reductivo desde varios flancos, siendo el más obvio las grandes áreas de exclusión que promueven los actuales indicadores de éxito y desarrollo. Lo peor es que existe un silencio cómplice entre los beneficiados por este sistema que, al juntarlo al clima de pusilanimidad ideológica que han adoptado los arquitectos desde la década de los ochenta, impide el desarrollo de nuevas posturas. La autoregresión es el rasgo dominante tanto en la educación de arquitectura, como en el andamiaje institucional que regula su práctica en los Estados Unidos. Toda diferenciación es cosmética, toda evolución es ilusoria. El verdadero objetivo es preservarle a la profesión una estructura de exclusiones y privilegios, esa es la tendencia, que deviene en “contratendencia” cuando es vista contra la amplitud del contexto internacional.

Resulta inexplicable que, frente a una crisis de legitimidad, se refuercen los mecanismos de protección antes que liberar las estructuras, que es la ruta que debe seguirse cuando se enfrenta una falla sistémica. Conservar lo ya destruido no tiene base lógica y aferrarse a ello es fomentar la locura. Es una pena que la hegemonía de los *Tíos Tom* en Puerto Rico nos mantenga atados a esta tergiversación de la disciplina.

El panorama contemporáneo en ningún campo apunta a repetir

modelos o a consolidar prácticas, si acaso a desbancarlas, revolucionarlas y/o subvertirlas. Quienes eduquen hoy para crear fieles lacayos de intereses económicos que fracasaron frente a los ojos atónitos del mundo, les están robando dinero y tiempo a sus estudiantes. Estos no son tiempos de confirmación de viejas certezas. Tampoco es momento para perpetuar el abusado ardid de disfrazar de innovación formal, con exóticas luces de *rendering* virtual, el conservadurismo extendido de la profesión y el desapego ideológico y ético que ha sido asumido cual axioma venturiano del tipo *it is almost alright*. Lo dijo nuestro profesor en ARQPOLI, el sociólogo urbano Juan Carlos Rivera, y se lo tomo prestado aquí para repetirlo: hay que repolitizar la profesión de la arquitectura. Eso o morir.

Como no nos interesa morir aún, salvo bien vestido y con las botas puestas, esbozaremos aquí algunas recomendaciones para combatir la contratendencia autoregresiva que perpetúa las bases de un modelo educativo seriamente averiado mientras refresca el espejismo de progreso y desarrollo cultural. Aquí las incluyo enumeradas, como le gusta a mis conciudadanos del Norte y a sus seguidores en Puerto Rico, que son mis queridos compatriotas:

1. **Descarten la condescendencia paternalista.** Si algo se detesta de los mensajes de decanos y administradores, es el triunfalismo proselitista. Mirar para arriba, en búsqueda de convencimientos, es reiterar el arcaico patriarcalismo que demanda ser extirpado de todo el tejido social. El primer punto de una agenda educativa es aclararle a todo nuevo candidato, y a sus padres, si aún no se ha dado el ineludible destete, que nadie en la facultad, incluyendo al decano, aspira a convertirse en padre sustituto. Con ello se admite que no hay proyecto de clonación narcisista en mente, que no hay pasado glorioso a ser recuperado en el presente, ni verdad o metodología absoluta a ser ratificada en el salón de clases.

2. **Desistan de hacerles la venta a los proveedores de *softwares*, tecnología y *gadgets*.** La vida colonial en tiempos de resaca poscolonial fomenta el apego fetichista a tecnologías de todo tipo. Mientras más real y palpable sea el atraso —de la región, de la ciudad, del individuo— con más fervor se anunciarán las virtudes de cualquier nuevo follón en el modo de producción/reproducción del capital.

Eso incluye las rúbricas demagógicas que usualmente acompañan al invento, que por lo general contienen una advertencia de cambio impostergerable capaz de aterrorizar al que comienza a sentirse viejo e irrelevante. El trabajo sucio de venderle el inventario a otro no debe ser realizado por profesores. Nos toca, si acaso, fomentar el juicio y la experimentación crítica de cualquier nueva evolución tecnológica.

3. Entierren la rúbrica anti-intelectual que algunos pensadores del mundillo académico de la costa este de los Estados Unidos promueven con empeños tales como la postura “post-crítica”, la ambigüedad ideológica (siempre acomodaticia), y la ausencia de un discurso de resistencia. No se trata de volver al confort marxista, eso está claro, pero reducir estudios doctorales en arquitectura a una confirmación de su constreñida historiografía, que es lo que adviene a una deliberada renuncia de la actividad crítica, es razón suficiente para forzarlos a devolverles el dinero a las viudas que financiaron sus programas.

4. Restauren el rol académico del decano, (¡Por el amor de Dios!). Poner al decano a recaudar fondos para la escuela, peor aún, contratarlo a base de sus redes sociales de amigos y prospectos donantes es quizás el rasgo más escandaloso del mundo académico en Norteamérica. Jamás se ha visto tan contaminada de intenciones la agenda de una escuela cuando sus directivos tienen los ojos puestos en los bolsillos de potenciales auspiciadores, midiendo el alcance de sus palabras y el tipo de actividad, mensaje y proyecto que circula por el salón de clases. Vainilla no es un sabor admisible en las aulas.

5. Salven al material —natural o sintético, da igual— de la creciente virtualización de la experiencia arquitectónica. El desapego al material tiene dos vertientes, la que se desvive por tecnologías de producción digital, sin pasar juicio sobre sus efectos en el modo de producción social; y la que reduce la representación arquitectónica a un videojuego de seducciones bidimensionales. El puente entre la mano y la computadora, tan trillado en la discusión de los primeros años de educación en arquitectura, tiene pertinencia en la exploración ética y formal del material, así como en su ensamblaje constructivo. Rescatar la relación entre labor, materia prima y lugar, triada indispensable de la primera revolución

industrial, venida a menos posteriormente con la supremacía contemporánea de la mercancía intangible sobre el objeto, merece ser replanteada con los ajustes que requiera al medio local. No se descarta aquí evaluar prácticas de otros lugares, pero hay mucha más necesidad de desarrollar tecnología nativa, que de adaptar incondicionalmente y sin garantías los experimentos del otro. Aquí ni siquiera contamos con el insumo del diseño industrial, cuya producción es mínima en Puerto Rico y casi siempre en clave artesanal, que trata de simular formas de producción mecánicas y/o digitales. En esto las escuelas tenemos que tomar la iniciativa y persuadir convincentemente a nuestros presidentes, hasta que entiendan que R&D no es asunto exclusivo de las ciencias aplicadas o de la industria de la salud.

6. Olvídense de la noción nativista del contexto. Aún en el apogeo ochentoso del contextualismo mimético, dominado por rúbricas tales como la “reinterpretación del lugar” o la “recuperación de la memoria histórica”, el contexto nunca fue visto en toda su extensa pluralidad. La aversión del posmodernismo a las metanarrativas de las Ciencias Sociales y el desprestigio de la planificación urbana, hicieron obviar muchos desarrollos en tecnologías de medición y teorías de interpretación en estos campos que, junto a los instrumentos del postestructuralismo, pudieron haber adelantado audaces reconfiguraciones del lugar, sin las urgencias neonacionales que procuraban una reiteración incondicional de sus premisas históricas, tan falsas y narrativizadas como cualquier otra pieza de la imaginación. Hay que repasar los instrumentos de disciplinas que han estado fuera del radar de la arquitectura, aunque sea a través de un acto de apropiación retroactiva.

7. La fiesta neo-modernista se acabó. Tom Ford ya no vende *Gucci* con una casa diseñada por Richard Neutra como telón de fondo. Tom Ford ahora se dedica a hacer cine del tipo introspectivo y existencialista. Si se quiere conectar con el futuro, hay que acabar de descifrar las implicaciones del pasado reciente y éste no se define a partir de la tradición del modernismo, sea heroico o tardío, sino a partir de su desgarre temático e ideológico y las alternancias posmodernas de rúbricas, modas, subjetividades, encuadres historiográficos y posicionamientos conceptuales que

sobrevinieron a su deceso. Mientras no se meta mano a ese caudal de conocimiento, por miedo a la inmediatez o a las callosidades que pueda levantar sobre sus protagonistas, continuará la dependencia histórica a modos y fórmulas de visualidad presentista divulgadas por el mercado internacional de imágenes arquitectónicas.

8. Abran las escuelas a una multiplicidad de talentos y personalidades. Seguro que la aptitud para el diseño es importante si se va a intervenir en el desmadre heredado, pero la insistencia *homo-universalista* excluye áreas de competencia que raras veces vienen en el mismo contenedor del arquitecto-diseñador. En todo caso, el elemento común que debe encontrarse en toda esta diversidad de personalidades que aspira a convertirse en arquitecto es la capacidad para manejar las contradicciones que, irremediamente, surgen entre múltiples variables con rapidez, creatividad y aplomo. La nuestra es una disciplina del intelecto que tiene un espacio de manifestación visual importante, pero no absoluto.

9. Abracen el hedonismo como rúbrica de servicio. Lo de los arquitectos es pasarla bien y hacer que otros la pasen aún mejor. Es gestionar calidad sobre cualquier demanda del pragmatismo. Si eso no está ocurriendo, están fallándole a su responsabilidad social. A diferencia del médico, que capitaliza en la enfermedad sin preocuparse por la prevención, o del licenciado en derecho, que capitaliza fungiendo como agente del caos, a los arquitectos no les conviene acostumbrar el ojo del público a la falta de calidad. Llega el momento en que la fealdad se normaliza, y no hay ojo entrenado, por más relativista y plural que sea, que pueda enderezar un mundo colapsado sobre sí mismo por el peso de la dejadez. La belleza importa, y el gozo social derivado de ella tiene que ser el objetivo de toda agenda de redistribución. Marx miraba a la riqueza; toca ahora mirar al placer.

10. Aborden la dimensión cultural de la causa verde. Mientras el ambientalismo continúe demonizando a la ciudad, o promoviendo las virtudes de la autosuficiencia en el campo, poco avanzará este importante movimiento social. Si en algún renglón se han sentido las insuficiencias de la postura apolítica del arquitecto es precisamente en el manejo del asunto del calentamiento global. El modelo

americano aquí es el peor a emular. Mientras ellos no quieran revisar los perniciosos efectos de su proyecto cultural aglutinador más importante —el sueño americano— nada demasiado serio se hará de cara a una solución. La discusión tiene que empezar por las prácticas sobre el territorio, lo cual lleva al corazón ideológico de la gran nación y su tergiversada concepción de la libertad individual, sumada a su aversión neurótica, a cualquier forma de colectivismo. Hacer del calentamiento global un asunto de prótesis tecnológicas a ser adquiridas por el comprador privado es un burdo guiño de ojo al mercado. Pararse frente al Congreso a construir prototipos “sustentables” de viviendas unifamiliares, en lugar de demandar multitudinariamente un cambio en las políticas que regulan el suelo y los recursos naturales, así como los turbios manejos del aparato militar-industrial, es parodiar la causa misma del ambientalismo. Si de verdad interesa atajar el problema, habrá que reconfigurar el ceseo consumista, dado que inhibirlo es imposible en este clima político. En eso, los arquitectos/diseñadores, si aún se autodefinen como peritos en crear escenarios de placer, deberían tener la voz cantante. Lamentablemente, es más común verlos hacerse pasar por tecnólogos, cuando el problema que tienen al frente tiene una importante dimensión cultural. Esta payasada ya se le está haciendo evidente al público.

Cierro esta diatriba con una última advertencia. Los tiempos requieren hacer las pases con la estética de lo incompleto, lo irregular y lo indeterminado. Sistematizar la belleza del accidente no es una opción entre muchas, es la única opción posible de cara al reguero de este otro fin de siglo. A fin de cuentas, el orden no ha sido viable ni en los más protegidos páramos de controles de acceso. Por otro lado, la idea de un solo mecanismo sistematizador es igual de objetable por inconsecuente y romántica. Aún así, de lo que nadie podrá escapar es de la materia prima disponible para producir el acto sistematizador, por más parcial que éste sea. Esa materia prima la constituye el descalabro, la mezcla descuidada de referentes y la incoherencia institucionalizada en el tejido socio-cultural. Cualquier orden propuesto tendrá que lidiar con estos ingredientes. Una pena que con tanta letanía *cornelliana*, se haya colado tan poco aquí del cinismo corrosivo de Colin Rowe, que daba espacio a una forma de manierismo contemporáneo

determinado por el momento histórico. No hay voz más relevante hoy que la de sus proféticas palabras en torno a la fragmentación negociada como último recurso legal, moral, político, estético y ético dentro de un escenario de democracia representativa. Que el pesimismo de Rowe, Venturi, Scott-Brown y aún del desencantado Tafuri, por mencionar a algunos, haya culminado en un (*baby boom*) de arquitectura desechable, no es razón para pensar que la segunda mitad del siglo veinte no deba buscar en estos pensadores alternativas para la segunda década de un siglo que ha acumulado más fracasos en su primer decenio que cien años de pasado reciente. Las posturas de estos autores, que en su momento parecían irreconciliables entre sí, hoy apuntan a una misma dirección, que es aceptar el espacio de disminuida autoridad del arquitecto sin ceder voluntad a falsas hegemonías o presiones de grupo, pero más importante aún, canalizando la resistencia a través del episodio local frente a la imposibilidad, e indeseabilidad, de articular un plan totalizador.

El haber relegado las vertientes más sagaces de este pensamiento a las trampas de estilo y a la falsa radicalidad atribuida a la innovación formal, ha consolidado los propios organismos institucionales que pretendían ser radicalizados. Así se alejó precariamente la práctica de la experimentación teórica, al punto de que hoy se extraña una disciplina de la arquitectura frente a las trivialidades de su ejercicio profesional. Esa ventaja que representaba contratar a un arquitecto, en términos de garantía de calidad y pertinencia cultural, se ha vuelto exigua, despreciable, como diría mi maestro de estructuras.

Asirse al futuro es tomar la olla de agua hirviendo sin agarraderas. La educación, cuando es buena, no es bálsamo enajenador de malestares, sino un proceso intensificador de los humores y calores del momento histórico. Repensar la educación del arquitecto no es cuestión de escoger entre *cortoplacismo* o *largoplacismo*, ni de asegurarse tal o cual mención honorable en un libro de historia, o encontrar lugar en el árbol genealógico que pretende explicar el presente; tampoco es entregarse amoralmente al cambio tecnológico, mucho menos cederle autoridad al complaciente peso pesado del *ranking* institucional. Se trata de hablar y actuar con sinceridad, tolerando la crudeza, que de todos los

males es el menor. Se trata también de resistir las fuerzas autoregresivas que articulan la ilusión del cambio y refuerzan una forma de inmovilidad enraizada en el beneficio que obtienen unos pocos, que es lo verdaderamente insostenible de la contratendencia en Norteamérica. ■■■■■